

Responso para mi maestro Leopoldo Marechal

I

No con llantos ni pena te despido, maestro.

Yo no sería digno
de tu pedagogía
si tan sólo una lágrima de amargura o de sal
derramara en tu muerte.

Allá entre las billardas de la infancia me diste
una lección alegre como el rostro de Dios
y rompiste en mi crisma
las albricias del júbilo.
Entonces me dijiste:
la muerte es un viaje
del nacer, una alegre
travesía hacia el día de la resurrección;
que lloren los que quieren
viajar sin pasaje,
sin pagarle al Señor sus peajes de amor;
esos son saltamontes o «colados» del Cielo.

No sé si estas palabras
fueron tuyas o mías;
brincan ante los ojos absortos de mi alma
como el gozo del fuego
o como el resplandor de los relámpagos
en la celebración de las tormentas.

Es que, caro maestro,
no me sentaste en vano sobre tus dos rodillas
—las del alma y del canto—
en esos patios escolares
donde te tuve a tiro

y solté de mis hondas los versos iniciales
que te hicieron mirarme con lástima y
amor
porque nacía ante tus ojos
un destino de llanto.

*(Mi responso no quiere
ser un paño de lágrimas.)*



II

Perdoname si ahora
me apeo del respeto protocolar que siempre
te rendí con el gesto de un aprendiz machucho
y entro familiarmente a tutearte y palmearte,
ya que somos dos muertos:
vos andás remontando tu ascenso hacia la vida;
yo llevo en las valijas del alma el contrabando
de una muerte ordinaria.

*(Mi responso no quiere
ser un paño de lágrimas.)*

III

Y ahora mano a mano, maestro,
hemos quedado.

Parlemos de las cosas que acamalamos juntos
con ese amor indescifrable
del ebanista y la madera;
la Patria, por ejemplo, que nos hurtó avarienta
sus lujos litográficos.
No fue para nosotros esa gorda gloriosa
de las viejas estampas;
de niño me mostraste sus pechos verdaderos
reventones de espigas y carnaza;
su leche, me dijiste, sabe a mieles y acíbar.

La Patria fue en tu sueño
de alfarero una tierra de moldear día a día,
fue «un dolor sin bautismo»
y una alondra en la espera de su primer gorjeo.

La Patria, me dijiste, «ha de ser una hija
y un miedo inevitable».
Y yo te vi abrirla como a una niña pobre,
desnuda en su pavor,
como si presagiaras
la muerte numerosa que cayó entre los nuestros
y el castigo impiadoso de las persecuciones.

*(Mi responso no quiere
ser un paño de lágrimas.)*

También te vi reír
 junto a los asadores
 y saltaba tu pipa, como un clown, en tu boca,
 mientras templabas la amistad
 y su hierro candente
 con la sabiduría
 de tu abuelo el herrero de las aguas cantábricas.

Y te vi engayolar, febrilmente, a las Musas
 en tu exilio porteño
 de la avenida Rivadavia, solo con Elbiamor,
 cuando ardían las hojas de tu otoño y caían
 las últimas escamas de tu vida ordinaria
 y empalomabas las palabras
 en el edén que te inventaste
 para rajar del mundo.

*(Mi responso no quiere
 ser un paño de lágrimas.)*

V

Y yo te vi, maestro
 de guardapolvo blanco,
 acariciar las ancas de la Patria en los mapas,
 y te vi cabalgar su hermosura piafante,
 firmes tus piernas sobre el lomo arisco,
 calzados tus talones con espuelas de bronca
 como si la incitaras a saltar,
 tensa en su exaltación, hacia días mejores.

Cuarenta ojos infantiles
 eran tus aparceros y argonautas
 en esos días escolares,
 y yo estaba entre ellos
 y te rodeaba con mis brazos como a un árbol
 sonoro
 para robar tus frutos
 y el rumor de tu sombra.

*(Mi responso no quiere
 ser un paño de lágrimas.)*



Recuerdo aquella tarde
 cuando el sol dibujaba sus rayuelas brillantes
 sobre los patios grises de la escuela de Trelles:
 yo te vi levantar los dos brazos al cielo,
 y eran como aleluyas,
 y eran como dos naves con las velas al viento,
 y eran, tal vez, dos aves que soltó el Paraíso.

Y entonces me dijiste:
 Has de saber, muchacho,
 que tendrá más espinas que flores tu viaje;
 que el poeta es tan sólo
 un voceador de Dios, y tu oficio es vocear
 con un gesto de garza
 que juega el equilibrio sobre una sola pata.

Has de saber, Joseph,
 esta regla dorada de la Hermana Pobreza.

Ahora desepita
 las uvas (¡y están verdes!)
 de la risa y el canto;
 tenga tu marcha el aire de un caballo pasuco,
 bello como la estampa de un pájaro que ha-
 blara
 y lánzate hacia el mundo: ¡toda la luz es tuya!

Yo escuché esas palabras como una epifanía;
 aún las guardo, entre migas de pan, en mis
 bolsillos

*(Mi responso no quiere
 ser un paño de lágrimas.)*

VII

Desde mis muchos años
 puedo dar vuelta al tiempo, su clepsidra de
 arena,
 y verte como acaso me viste y contemplarte
 como un hijo que advierte que su padre es un
 niño
 en los pañales de su corazón,
 y quiere preservarlo
 de penas y dolores
 y limpiarle de piedras el camino y pedirle
 que se cuide de todo
 y especialmente de la vida
 y de su herida absurda.

¡Ah, si acaso pudiera
 desovillar el tiempo!

Tal vez te aconsejara
 retornar al exilio
 y montar nuevamente
 aquel centauro inaugural
 que un día jineteaste
 bajo el signo imperioso de nuestra Cruz del
 Sur.

Tal vez te aconsejara
 partir de nuevo, Adán,
 a reventar la noche
 y alborear esas calles que dan a los suburbios,
 para alzar del olvido sus destinos frustrados.

¡Ah, si acaso pudiera
 librarte de maldades,
 para que sólo fueras
 esa guitarra ardiente
 que rasgueabas en medio
 de un colmenar de sordos y transeúntes dis-
 traídos!

*(Mi responso no quiere
 ser un paño de lágrimas.)*

VIII

Ha llegado la hora de decirte «hasta luego».

Quiero, amado maestro,
 dejar así las cosas como fueron y son
 —«sólo es fatal en nuestra patria joven»—
 y alzar mi vaso lleno de buen vino carlón
 y decirte: Maestro,
 ¡hasta que llegue el día
 de juntarnos allí donde nadie hace sombra!

*(Buenos Aires querido,
 guardalo en tu memoria.)*

© 1990 by Editorial Fraterna

